

La religión es considerada la defensora de la patria, instrumento de protección y de grandeza de la propia nación.

En las conclusiones, Lesti vuelve a considerar el texto de *l'Amende* (consagración hecha en Francia en 1915) y hace notar su carácter de pacto. Se esperaba que Dios les asegurase la victoria si ellos cumplían las condiciones prometidas de poner a Cristo en el centro de sus vidas. La cristianización de la nación y de la guerra se confiaban a la consagración, por lo que la guerra se convirtió en una cruzada católica: los católicos que combatían trabajaban por el restablecimiento del reino social de Cristo. El autor,

por lo tanto, corrige –podríamos decir– la tesis sobre la Gran Guerra como camino de los católicos para salir del gueto de la exclusión laicista y demostrar su patriotismo: los católicos no se defendían sino que luchaban por un dominio religioso-político.

Riti di guerra es un texto de gran interés, aunque a lo largo de los capítulos el autor intercala sus atinentes reflexiones en paréntesis demasiado largos que dificultan la lectura. Por ambos motivos, la obra merece leerse una segunda vez.

María Eugenia OSSANDÓN W.
Pontificia Università della Santa Croce (Roma)

Agostino MARCHETTO (ed.)

Il « diario » conciliare di monsignor Pericle Felici

(Storia e attualità, XX), Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2015, 587 pp.

En su obra *El largo camino del Concilio*, en que recogía las diversas conferencias impartidas antes, durante y después del Concilio, Felici decía en el prólogo: «De muchas partes se me ha preguntado cuándo el secretario general del Vaticano II escribiría o, mejor, publicaría su diario del Concilio. [...] Pero se me ocurre preguntar: ¿en tiempos tan convulsos y agitados como los nuestros, en que la prensa se mete en todo y todo lo juzga inexorablemente, son útiles todavía los Diarios y las Memorias? ¿Y no serán éstos, a pesar de la inédita información que puedan dar, escritos por parte interesada? En todo caso, nunca como en esta ocasión es tan oportuna la áurea regla dada por Horacio en su *Arte Poética*: ‘Si quid olim scripseris, nonum prematur in annum, membranis intus positus’».

Finalmente, tras cincuenta años, el Diario ha salido del «cajón de los libros», concretamente del reclinatorio donde lo había escondido y cuya ubicación sólo conocía

Vincenzo Carbone, mano derecha suya durante el Concilio y más tarde cancerbero del archivo conciliar hasta su fallecimiento hace un par de años. A su desaparición, la labor de edición del Diario conciliar pasó a Agostino Marchetto que nos ofrece uno de los documentos más esperados en torno al Vaticano II.

La edición recoge textos del propio diario conciliar combinándolo con un diario espiritual titulado *Cogitationes cordis mei*. El Diario empieza en mayo del 1958 y termina en diciembre de 1967. Se puede afirmar que va me más a menos en cuanto a su extensión y minuciosidad. Recoge pormenorizadamente la preparación conciliar, la primera sesión e intercesión y va perdiendo extensión según se llega al último período conciliar. Quizás porque el autor también iba perdiendo «fuerzas» o simplemente, había decidido recoger solamente lo más significativo. No todo el diario conciliar se

refiere al Concilio aunque todo él está impregnado del evento. También se recogen las vacaciones, peregrinaciones y viajes de Felici, especialmente el que hizo a España en 1967 recién nombrado cardenal.

Antes de entrar en el contenido conciliar del Diario creo que se debe destacar la espiritualidad del autor, puesta de manifiesto especialmente en las páginas dedicadas a la preparación conciliar. En ellas, Felici va recibiendo diversos encargos (que le apartan de otros) pero que suponen una constante promoción. Felici, que recoge algunos apuntes de sus ejercicios espirituales, se muestra en todo momento como una persona que sólo quiere servir al papa y a la Iglesia y que si por él fuera rechazaría todos los honores y nombramientos. En este aspecto se identifica totalmente con Juan XXIII (a quién se encomienda desde el momento de su muerte) que aborrece del ambiente de «carrierismo» presente en algunos eclesiásticos de su *entourage*. Esa preocupación la extiende Felici al Seminario de Roma (en claros problemas de liderazgo) de donde es sacado para dedicarse al Concilio pero que nunca abandonará del todo a pesar de sus múltiples ocupaciones; y al Capítulo de San Pedro, siendo su Vicario, en representación del Arcipreste que era el Secretario de Estado. Aunque este aspecto espiritual sea secundario al contenido conciliar del Diario me parece que es una de las actitudes que más llaman la atención al lector.

Respecto al Diario, podríamos decir que hay cuatro protagonistas principales. Juan XXIII y Tardini (hasta sus respectivos fallecimientos), y Pablo VI y Felici. La posición de Felici respecto al Concilio es la menos interesante, aunque no se muestra como un mero ejecutor sino que presenta sus propuestas, juzga las actuaciones, sale al paso de las críticas y de las trampas que le tienden y se presenta en todo como un fiel seguidor de Tardini y de los papas conci-

liares. Su formación jurídica le proporciona un especial equilibrio que le es reconocido al encargársele organizar el primer sínodo de los obispos (Felici no es entusiasta), presidir la Comisión para la interpretación de los decretos del Vaticano II y la Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico.

El Diario transcribe los contenidos y las impresiones de todos los encuentros con Tardini y con los dos papas que durante meses fueron casi cotidianos. Sin lugar a dudas esta es una de las mayores riquezas del presente volumen. De los múltiples temas que se pueden poner de relieve, destacaría la denuncia de las guerra internas en la curia por parte de Juan XXIII; la preocupación por la duración del Concilio (Juan XXIII quería acabarlo en 1963), especialmente en Pablo VI que desea concluirlo a toda costa en 1965; el malestar del mismo papa por la labor de los peritos (su intemperancia) y de los cuatro moderadores (poco moderados en opinión de Felici); el tema del celibato sobre el que Pablo VI advierte que conviene prepararse para lo que viene (1964) y más adelante (1965) que no se toque en el Concilio; un fenómeno típico del Concilio: respeto por el Papa pero no se hace caso de sus órdenes o disposiciones; la opinión sobre los ataques a Pío XII, obra de los comunistas según el pontífice bresciano... El volumen está repleto de anécdotas significativas del momento y de la personalidad de los protagonistas como cuando Pablo VI manifiesta su malestar porque varios obispos han ido a ver *El Evangelio según S. Mateo* de Pasolini.

El 6 de diciembre de 1965 Pablo VI en su audiencia privada exclama con alivio: *Nunc dimittis!* y Felici anota en su diario: *Il Concilio è costato molto al Papa*. En definitiva, un volumen imprescindible que pone un broche de oro al cincuentenario del Vaticano II.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra